

tras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portento de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡o Señor! el resto de nuestra vida; vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal!—AMEN.



SERMON

SOBRE LA

EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA,

PREDICADO

EN EL

CONVENTO DE MONJAS CARMELITAS

DE MORELIA

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

SERMON

SOBRE LA EXCELENCIA

DE

LA VIDA CONTEMPLATIVA.

PREDICADO

EN UNA PROFESION RELIGIOSA.

Maria optimam partem elegit.

María ha elegido la mejor parte.

San Lucas, cap. X. v. 42.

SEÑORES:



ALLÁNDOSE Nuestro Señor Jesucristo de paso á Jerusalem en la casa de Marta y de María, ésta, sentada á sus piés, escuchaba su divina palabra, mientras aquella, empeñosa y afanada en disponer lo necesario y extrañando que su hermana no tomase parte ninguna en las faenas domésticas, lo manifestó así á Jesus, con el fin de que por su precepto le ayudase María. Pero el Señor le dió esta respuesta: „Marta, Marta, tu te afanas y acongojas distraida en muchas cosas; y á la verdad, que una sola es necesaria: María ha escogido la mejor parte.” De este modo se explicaba Nuestro Divino Maestro, haciendo la compara-

†

cion entre la vida activa, que se representa en las tareas afanosas de Marta, y la vida contemplativa bastante caracterizada en el humilde recogimiento y atencion profunda de María. Sin duda alguna que el Salvador del mundo no reprobaba la inspeccion á várias cosas temporales, cuando por otra parte habia de referirse todo á lo único necesario, que es la salvacion de las almas; pero á la vista de los obstáculos diferentes con que tropiezan á cada paso cuantos viven en el mundo, para componer y enderezar á esto solo el gran sistema de las acciones humanas, se convierte á aquellas almas que, ó por una prudente timidez, ó por una caridad ya mui acendrada, dan de mano á todas las cosas temporales, y declara solemnemente que ellas han elegido la mejor parte, porque libres ya de todas las inquietudes y trabajos del siglo, pueden entregarse sin estorbo á escuchar la palabra, penetrar el espíritu y hacer en todo la voluntad de Jesucristo. *Maria optimam partem elegit.*

Sin embargo, católicos, el mundo, que siempre se halla en contradiccion con las máximas del Evangelio, y que á medida que progresan los siglos, adquiere mayor osadía contra las virtudes sublimes de los justos, no ha estado siempre de acuerdo sobre la excelencia suprema que tienen á los ojos de Jesucristo los ocultos senderos de la vida contemplativa. Triste verdad, y mas palpable que nunca hoi, cuando abandonado nuestro siglo á las especulaciones materiales, á los objetos físicos, á los goces sensibles y á los intereses exclusivos de la carne y de la sangre, no puede comprender ni ménos confesar la excelencia de una institucion en que, dando al cuerpo cuanto es absolutamente necesario, el hombre se empeña, mediante la abnegacion, la mor-

tificacion y el recogimiento profundo del alma, en la conquista gloriosa de la felicidad suprema, que no se puede alcanzar, sino por el íntimo conocimiento de la verdad eterna y el ejercicio continuo de las virtudes cristianas.

Tiempos hubo ménos infaustos en que el mundo, limitándose á contradecirlo todo con su conducta, respetaba estos asilos, y admiraba sin esfuerzo á sus dignos habitantes: tiempos hubo en que desde esa reja humilde se arrojaban al siglo la púrpura y la diadema, para esconder en la soledad mística los nombres ilustres y los títulos pomposos, sin buscar ya mas triunfo que el de las pasiones, mas imperio que el de sí mismo, mas título que el de cristiano humilde y fervoroso, ni otra designacion que el de *hermano*, signo que explica maravillosamente nuestra dependencia por el comun origen, nuestros vínculos divinos y nuestros destinos inmortales. Pero en el nuestro ha hecho el mundo avances casi increíbles, pues no contento ya con la guerra de sus perniciosas máximas y de sus detestables ejemplos, ha condenado sucesivamente á la persecucion, al sarcasmo y al indiferentismo estos retiros venerables y pacíficos, á donde ha venido á recogerse y á reservarse únicamente para Dios lo mas escogido y puro de la Iglesia militante.

Mas qué, ¡la indiferencia de nuestro siglo, el orgullo insensato con que persigue á los justos, las desdeñosas miradas que deja caer sobre estos muros respetables, tienen poder alguno contra el ascendiente irresistible de la verdad y la fuerza incontrastable de los oráculos divinos? ¡el torrente de la palabra santa dejará de correr por el encuentro de estos diques miserables, que sucesivamente le oponen la vanidad de la ciencia, la ironía de la

política, las especulaciones del interés y el materialismo de hoy? Al contrario, nunca es más oportuno levantar nuestra voz, que cuando empieza á difundirse insensiblemente ese ruido sordo de impiedad que se está oyendo por todas partes; nunca más necesario encarecer la abnegación de nosotros mismos, que cuando la soberbia descarga sobre las virtudes sus golpes más terribles; nunca más conveniente mostrar cuán suave y ligera es la carga de Jesucristo, que cuando se arroja con desprecio ó se lleva sin espíritu; y hoy por lo mismo es más importante que nunca, decir con Jesucristo, á la vista de este acto con que la santa Iglesia ocupa al presente vuestra religiosa atención, que entre esa multitud de objetos donde se fijan las miradas de los hombres, una sola cosa es necesaria; que á ella están exclusivamente consagradas las almas recogidas y fervorosas que sepultan su vida en el silencio de los claustros, y por tanto, confesar que esta nueva vírgen, que acaba de inmolarse en el altar de Jesucristo, es por mil títulos venturosa por haber elegido la mejor parte: *optimam partem elegit*.

Propóngome pues, ménos esparcir la reflexión en busca de ideas para endulzar el sacrificio de esta víctima sagrada, que hallar términos propios para exaltar el más bello de todos los triunfos. Colocado frente á frente de esa filosofía bastarda que todo lo ha desnaturalizado, de esa prudencia carnal que ya olvidó hasta la existencia del espíritu, de este siglo á cuyos ojos han desaparecido ya los caracteres naturales y divinos de la virtud, intento generalizar mis ideas, llevarlas á todos los grandes objetos del entendimiento y del corazón, sacar de esa reja humilde el primer interés de la humanidad, y colocar la vida contemplativa entre las bendiciones del

cielo y la admiración de la tierra. Estudiando las relaciones más universales de ese holocausto sublime, podremos profundizar el pensamiento con que me he introducido á este discurso sagrado, y descubrir á la doble luz de la inteligencia y de la fe, la razón de esa incontestable primacía que otorgó á la vida monástica la verdad eterna, al pronunciar su juicio entre los afanes laboriosos de Marta y los tranquilos y amorosos éxtasis de María.

Cada uno de los estados de la vida se halla colocado bajo la influencia de esas tres relaciones universales que abrazan á todos los seres inteligentes y libres: es decir, Dios, el mundo y el individuo. Ahora bien ¿qué grado debe tener el estado recogido de estas almas privilegiadas á los ojos de Dios, á los ojos de la víctima y en concepto del mundo? He aquí lo que me propongo responderos en este discurso, abrazando la excelencia de la vida contemplativa en sus relaciones con Dios, con la vírgen que acaba de consagrarsele, y con la humanidad entera, cuyos intereses afecta defender el mundo en sus necias declamaciones contra el estado religioso.

Más antes de empezar una obra tan conforme al espíritu de la Iglesia, á los intereses de vuestra eterna salud y á la edificación de mi auditorio, volvamos nuestras miradas suplicantes hácia la Madre de Dios. Abogada de todos los pecadores, lo es muy particularmente de las almas que aspiran á la ventura suprema de ser numeradas entre las castas esposas de Jesucristo. Sí, Madre mía: sois el Refugio de todos los pecadores; pero halláis complacencia singular sin duda alguna, cuando la Iglesia os aclama *Reina de las Vírgenes*. Recibid pues bajo vuestra protección inmediata el sacrificio de esta vírgen,

que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excel-sos que comunican la fuerza, la unción y la luz al minis-tro de la palabra evangélica.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocación es verdadera, hermana mía; si el abo-rrimiento del siglo os ha sustraído á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitación y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido periodo de vuestra existencia; si podéis de-cir hoy lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre y des-nudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os con-templáis contenta junto á la perspectiva de mortifica-ciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita siempre reconocen su parte cuan-tos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto, que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en es-píritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singu-lar predilección á estas esposas de la soledad, que no

limitándose á la abstinencia de los frutos que pri- van del paraíso, renuncian indistintamente á cuanto po- demos usar como un beneficio de la Providencia, pa- ra consagrarse todas á oír y guardar fielmente la pala- bra del Señor, esas almas privilegiadas que inmolan heroica- mente en el altar de la propia abnegación el mundo y sus encantos, el tiempo y sus esperanzas risueñas, los cuidados de una tierna madre, las caricias de un padre, el techo doméstico, los lazos de la familia y los hones- tos placeres de una inocente sociedad. El acto de la profesión religiosa, hermana mía, es rigurosamente ha- blando, una regeneración verdadera en el orden del es- píritu, es el primer instante de una existencia nueva, la brillante avenida de un nuevo día; y puede decirse á la letra, que os habéis renovado en la extensión de la palabra desde que habéis tomado para nunca dejarla esa modesta vestidura que el mundo desprecia, y que Dios ha puesto sobre vos como la ropa nupcial que realza los encantos de la esposa. Vuestro estado es pues el de la propia abnegación, el de la solemne abnega- ción, el de la continua y perpetua abnegación, es de- cir, un estado en que se ama á Dios exclusivamente, en que se le ama públicamente, en que se le ama in- censantemente, en que se le ama perfectamente: es aquel estado que pone á la criatura en la dichosa im- potencia de olvidar un solo instante á su Criador, en que se ofrecen á Dios en uno solo todos los holocaus- tos, y en que van á cumplirse hasta los últimos conse- jos de la perfección evangélica.

Triste sin duda y en gran manera sensible, católicos, debe ser á los ojos de la carne y de la sangre este cuadro de inmortal desprendimiento, en que el alma cris-